

## LA CULTURA, TERRITORIO DEL HOMBRE

(*Conferencia de Jorge Emilio Gallardo en el Ateneo del Club Universitario de Buenos Aires, el 12 de septiembre de 2005*)

Trataré de defender el valor universal del concepto de cultura, muy distinto de los criterios que hacen de ella un coto o corral restringido, exclusivamente civilizado y limitado a un grupo social de un determinado momento histórico.

No nos bastaría, por lo tanto, certificar con los diccionarios que cultura es sinónimo de cultivo o que es también sinónimo de culto religioso. Tampoco seguiríamos con provecho -salvo *contrario sensu*- a buena parte de las afirmaciones que fundan precisamente lo contrario de nuestra perspectiva al respecto. Pese a ser amplio, el criterio que intentaré expresar no guarda proximidad alguna con la llamada *contracultura* ni con lo que algunos epistemólogos han llamado con razón *desestructuración, facilismo o igualitarismo acrítico*. Estos dudosos ideales desde luego no nos atañen.

Me limitaré a la exposición de algunas claves adquiridas a lo largo de un extenso aprendizaje en ámbitos culturales ajenos a lo que podríamos llamar 'las enseñanzas recibidas'. Mi versión no guarda relación con lo subcultural o populachero sino con lo dignamente popular, y reconoce en instancias *primitivas* configuraciones etológicas de insondable hondura y originalidad, marcadas a menudo por estructuras teocráticas y por una digna ejemplaridad. Esto me ha convencido de que la tendencia al gesto tradicionalmente despectivo tiene su raíz en ignorancias heredadas y probablemente inducidas durante siglos. También tiene su raíz en errores de apreciación, como aquellos de los que Lévy-Brühl debió desdecirse tras afirmar que en el mundo primitivo existía una "mentalidad prelógica". En esta última categoría debemos ubicar también los errores de observación que condujeron a científicos poco rigurosos a interpretar fenómenos estrictamente religiosos como manifestaciones neuróticas, hasta que los etnógrafos europeos, poco antes de mediar el siglo XX, se diseminaron por los continentes al amparo colonial y reconocieron la fenomenología del trance como una expresión cultural universal y de pleno derecho.

Evito, por lo tanto, hablar desde el ámbito confortable de la cultura restringida, porque ello significaría dejar fuera del corral nada menos que a porciones fundamentales de la historia humana, incluidas expresiones total o parcialmente ignoradas en el Occidente contemporáneo.

El abordaje del asunto, como puede verse, es por lo menos rico y proviene de un testimonio o enunciado teórico humilde, ya que surge de rechazar viejos errores y de reconocer valores donde antes no los vi.

En medio del auge informativo que nos abruma tendemos a ser considerados menos como individuos que como consumidores. En la durísima guerra entre cantidad y calidad, la civilización que nos envuelve reduce la *cultura* a circuitos comerciales totales integrados por modas perecederas, exterioridades frívolas y hasta mecanismos subliminales de compulsión consumista. De este modo, la civilización del número procura sepultar a las esencias culturales. Lo comprobamos desde hace algunos años en la condición expresamente asumida por el facilismo *light* de los medios de comunicación social, tendientes, por lo demás, a configurar invisibles monopolios.

Al cercenar valores el corral civilizado opera por lo pronto una reducción temeraria del campo que intenta definir, pero además tiende a asfixiarlo desde un movimiento envolvente, al modo del protoplasma amebiano. Esto se vincula con lo que ocurre cuando practicamos el reductivismo de tomar una parte por el todo o cuando sustituimos lo esencial por añadidos. Las motivaciones responden a la picaresca del dinero y del poder. Los mecanismos de seducción atraviesan sin sutileza ni inocencia a través del fenómeno de una decadencia educativa reemplazada por la televisión y por paradigmas arbitrarios de belleza y de comportamiento. La civilización de lo inútil ha reemplazado a los criterios culturales rigurosos basados en el esfuerzo y el duro aprendizaje. La letra ya no entra “con sangre”, según el viejo adagio, pero tampoco sin ella. ¿Dónde queda el conocimiento, pues, entre polos tan deprimidos?

Se trata, como vemos, de temas mayores. Son cercenados valores, y es sólo un ejemplo, cuando se intenta la interpretación de asuntos sagrados desde la psicología, como podría ocurrir con la interpretación de un sueño netamente simbólico (digámoslo: sagrado) desde el prisma de una ciencia cuyo campo pertenece a otro género de sueños y a un muy distante nivel de interpretación.

No podríamos llamar cultura a un capítulo de nuestros intereses cotidianos aislado de nuestras demás ocupaciones o susceptible de permanecer archivado, como si fuese una alternativa Feria de Publicaciones, o de metalurgia, o de la próxima moda de verano. Existe la tendencia de limitarla a ámbitos confesionales y también a manojos de expresiones ocasionales, con lo que cada vez que el vocablo es empleado depreciamos más y más el concepto mayúsculo que respetamos en cambio como valor constitutivo y permanente, si bien dinámico, de lo que nos identifica como humanos. No ya como a jóvenes o ancianos, letrados o iletrados, porque los datos de la cultura constituyen un mismo bien que alcanza por igual a todos, incluidos el civilizado y el que permaneció en la banquina, con las excepciones de aquellos que perdieron, sin hallar reemplazo, los datos por los cuales su cultura particular fue alguna vez reconocida. Es por ello que mis palabras quisieran desarticular en la teoría la formalidad del corral y restituir a nuestro orden conceptual el respeto irrestricto por la diversidad de las culturas en tanto que fenómeno unitario y

universal, específico y digno de respeto ante formas que avasallan, revestidas de pretextos múltiples.

Será normal que nuestra actitud teórica pueda ser tachada de relativismo, pero véase que si llegásemos a oponer relativismo con absolutismo, como también sería lícito, acaso buena parte de la polémica tendería a amainar. Al no existir picaresca en nuestro empeño, pues no aspiramos a colonizar, nuestro campo será ideal, es decir parcialmente utópico, aunque todos sabemos que las ideas, pese a su íntima condición conjetural, gravitan -¡y cómo!- sobre los grandes fenómenos de la historia.

Cuando decimos *hombre culto, mujer culta*, la asociación mental nos remite equivocadamente a un único modo de vestir y de conducirse, o de atenerse a un repertorio de normas establecidas que tendemos a suponer definitivas. Parecería que hombres y mujeres debemos ganar campeonatos, caminar por pasarelas o no ser nada. Este estilo triunfalista pareciera gritarnos la necesidad de ser campeones a toda hora y de afrontar el mundo cada mañana como quien recorriese un coto de caza. Entre el “ser” y el “hacer” parecería que hubiésemos optado, entre cosméticos y equívocos, por el “parecer”.

Una red heredada de pesadas enseñanzas nos ha hecho confundir datos añadidos de civilización con instancias de cultura. Se trata de una telaraña tejida y fijada con firmeza por mecanismos inseparables del voluntarismo mercantilista y de la práctica colonial: un proceso que reitera por medios cada vez más universales el saqueo material y el vaciamiento de espíritus y mentes. Tal es la deformación inducida por nuestra formación que estos últimos enunciados, algo duros, pueden sonar como panfletarios pese a que surgen de una honesta observación realizada detenidamente sobre el terreno de hechos sociales representativos. Diría, a partir de estas consideraciones, que se impone la necesidad de una creciente aproximación teórica a una exégesis profunda de las motivaciones a menudo sórdidas de nuestras historias individuales y colectivas.

El vocablo *inculto, inculta* discrimina a las mayorías y las relega fuera del corral restringido, lo que equivale a desconocer la existencia de otras formas de cultura, con o sin zapatos o corbatas, algunas de ellas ágrafas y de confirmada raigambre cultural, o practicantes de tradiciones sólo orales y dueñas de cosmovisiones a la vez teóricas y pragmáticas que les permiten interpretar el mundo en forma totalmente cabal y desde luego aportar revelaciones a las concepciones acotadas que generalmente aceptamos.

Tal concepto de *inculto, inculta*, se vuelve por sí solo contra quienes cultivan el corral restringido sin saberse víctimas de concepciones acumuladas en los siglos con intención en definitiva totalitaria. Para el corral culterano sería probablemente imposible aceptar que las tradiciones sólo orales merecieran el nombre de cultura. Sin embargo, los corpus míticos de las culturas sin escritura consisten en otras Biblias basadas en revelaciones memorizadas por el uso permanente de individuos y comunidades. La

repetición, garantía de eficacia religiosa y raíz de toda ortodoxia ritual, es aprendida por los niños, vigilada por los mayores y corregida por todos a lo largo de su práctica continuada y en lo posible incontaminada. Los sincretismos, en cambio, modifican en mayor o menor medida a los legados tradicionales.

\* \* \*

Existe la tendencia a denominar cultura a aquello que nos vuelve reconocibles dentro de una vida en lo posible vacunada contra peligros de contaminación ideológica. Esta cultura que he llamado alguna vez “envasada” y que hoy me permito llamar “de corral” es la que preserva el inmovilismo de paradigmas integrados por determinados valores sociales.

Desde su corral respectivo cada cual tiende a estimar a la cultura como el grado más alto alcanzado por el hombre a través de su esfuerzo intelectual, religioso, científico, tecnológico y artístico. Tal presunción es cómoda pero también reductiva, si no proviene de un método comparativo. Sería falso estimar al diferente como el protagonista de un cosmos simplista y desprovisto de abstracciones, a lo que la autoridad de Paul Radin replicó que

*“Las lenguas de los pueblos aborígenes son a menudo más complejas que las nuestras; que sus vocabularios son tan amplios como los nuestros, y a veces más; que las palabras de connotación abstracta o genérica son, por cierto, no menos frecuentes, y, en algunas lenguas aborígenes, más que entre nosotros”.*

Autor de *El hombre primitivo como filósofo*, Radin acusó de teorizadores tanto a Lévy-Brühl como a Cassirer por haber cuestionado la aptitud de las lenguas aborígenes para expresar ideas abstractas. Del mismo modo que las grandes civilizaciones, los pueblos menores e incluso nómades no fueron ni son ajenos a cosmovisiones integradas ni al tesoro de cada respectivo corpus mítico y ancestral, oral o escrito. En sus culturas no hay espacio para la duda, salvo en los casos de comunidades avasalladas por factores de anomia y de extinción.

Ocurre en tales casos la “caída” del hombre, su destrucción cultural, consecuencia del resquebrajamiento de la cultura que le dio un lugar propio sobre el planeta. Para decirlo con palabras de Mircea Eliade se origina entonces una “mutación ontológica de su propia condición”. Al comprobar estos casos en comunidades indígenas de nuestro territorio, el doctor Fernando Pagés Larraya los describió así al estudiar a una comunidad donde los indígenas habían sido reducidos a vivir artificialmente:

*“Estas pequeñas muertes, estas vidas detenidas que se ensombrecen paulatinamente, que marcan el ritmo trágico de la existencia del hombre en el reino de esta tierra (...), estas figuras de un limbo constante (...), estos*

*seres que forman un tercer mundo (...) retirados en la intimidad incomunicable del hombre mismo, transformados tan sólo en metáforas de la existencia, nos guían en una revelación de categorías ontológicas abismales, que hablan de la contingencia de la libertad del hombre (...)*”.

Si la presión política y social no los conduce a su liquidación en tanto que culturas, los *primitivos* cuentan con sus propios maestros de la teoría y de la praxis. El dogma es reemplazado por su sustituto natural, el mito cosmogónico o el mito descriptivo de la etología de los seres sobrenaturales, tradicionalmente oral y etnocéntrico. Por su parte, el rito proviene de precisas enseñanzas oníricas o adivinatorias, cuando no de la voz humana de los seres invisibles manifestados durante el trance, fenómeno religioso tan común y corriente en la historia social de la humanidad como ajeno a la tradición cristiana, excepto tal vez las variantes carismáticas o las de influencia africana, tan comunes en los Estados Unidos. Ciertas comunidades tienden a configurar pequeños dominios monárquicos de derecho divino, regidos mediante la obediencia a un inapelable mecanismo adivinatorio, a sueños simbólicos u oráculo manifestado en el trance. Es la triple variante tradicional. Por lo demás, no existen culturas sin panteones operantes ni desprovistas de heredadas nociones empíricas, medicinales por ejemplo, que fueron y son a menudo el paso previo a su eventual reconocimiento por la ciencia.

Dentro del corral culterano las decisiones son sustraídas al ciclo de la naturaleza. Una casa será construida o un tratamiento médico será administrado con independencia de todo vistazo a las fases de la luna, por ejemplo, porque la vida urbana y los cartabones de la civilización nos mediatizaron de la naturaleza. En cambio, científico a su modo, el labrador siembra siempre en tiempo de luna menguante debido a su ortodoxa fidelidad respecto de experiencias propias y recibidas, a la vez seculares, cuando no probablemente milenarias, en tanto que relativas a leyes cósmicas vigentes no sólo en la selva o el páramo, sino en nuestras junglas de cemento. Los habitantes rurales están atentos en todo el mundo a que las cosechas y el propio corte de las maderas para estacionar se rijan con arreglo a idéntica estipulación lunar, y no por vana superstición sino por estricta buena praxis, ya que quien sembrase en luna creciente vería crecer su cosecha excesivamente -“en vicio”, como se dice-, pero la semilla recolectada sería de rendimiento inferior. Las maderas cortadas fuera del tiempo apropiado tenderían a su vez al deterioro. Es bien conocido el protagonismo lunar en el movimiento de las mareas, en procesos biológicos mensuales de nuestra especie, en el vulgar crecimiento de pelos y uñas y aun en temas de comportamiento humano que nos afectan y que se extienden significativamente a la estadística criminal. Cualquier chacarero puede ser maestro en estas materias, y cada cual sabe si la luna llena induce ocasionalmente insomnio a los suyos o auspicia en ellos alteraciones de comportamiento. Lejos de las incomprensiones dieciochescas al modo de Voltaire y superados también convencionalismos del siglo XIX, la

antropología pareció madurar sólo entrado el siglo XX, al perder su primitiva denominación de sociología y fundarse sobre las comprobaciones de un puñado de etnógrafos. En su estudio sobre el rito, Jean Cazeneuve, del Institut de France, reconoció que la racionalidad acompaña al hombre incluso en instancias de apariencia irracional. Celebro, pues, la racionalidad del chacarero en asuntos que otros ojos podrían confundir con superchería.

Con estas expresiones me refiero a un código de Perogrullo, a algo que no requiere argumentaciones en el mundo de sus protagonistas. ¿Por qué mencionarlo aquí, en un docto Ateneo de firme cuño universitario, cuando aquel código está vigente sin discusión en el medio popular? Pues porque éste es un tema mayúsculo llamado a registrar ecos recíprocos en diversas disciplinas formales. Lo que exponemos debería interesar a las teorías del conocimiento, a la educación, a la biología, a la psicología, a la epistemología. También porque es preciso afirmar el reconocimiento de que la civilización acompaña en gran medida a la cultura pero es también, ocasionalmente, su más decidida enemiga. Las agresiones al campo ecológico se vinculan estrechamente con esto. En el campo historiográfico, Emmanuel Le Roy Ladurie, de la Académie des Sciences Morales et Politiques, ha incorporado originales estudios sobre comportamientos personales e incluso sobre la incidencia del clima en la historia, algo que ha sido denominado “microhistoria” y que rescata la vigencia de la casuística individual.

\* \* \*

El camino de conocer es arduo, y no surge sólo de los libros. (Ya veremos si es suicida afirmar esto en el recinto de una prestigiosa biblioteca). En este orden de cosas las convicciones emergen principalmente de la experiencia de campo. El gran africanista Marcel Griaule enumeró algunas dificultades metodológicas al subrayar la necesidad de que los pasos deductivos y las búsquedas de verdades universales, al menos en materia etnográfica, deberían ser evitados mientras se careciese de pruebas suficientes y calificadas. Lo expresó así:

*“Hasta el momento en que los trabajos llenen ciertas condiciones de cantidad o de calidad, nuestro marcado gusto por los pasos deductivos y por la búsqueda de verdades aplicables a toda la humanidad debe ser considerado como un castigo (...).*

*“Es tentador conservar los hábitos mentales adquiridos en las universidades y más ampliamente en la vida europea occidental. Es tentador considerar a la instrucción y la educación recibidas como un instrumento perfeccionado y adaptado a todas las tareas, y a pocos se les ocurre que en materia de investigación de las instituciones humanas toda formación intelectual y moral es una deformación”.*

Estas afirmaciones, polémicas por su naturaleza, fueron vertidas por Griaule durante un curso que ofreció en la Sorbona a partir de 1942. El autor investigó desde 1928 hasta 1956, lapso en que desplegó varios viajes anuales a Africa, sólo interrumpidos durante la guerra. Cito a continuación su ideal metodológico, rematado por una frase lapidaria, porque podría presidir también los ideales de investigación en otros campos de las ciencias:

Convendría que el etnógrafo *“se despojara de sí mismo, que lograra un real ascetismo intelectual, un desgarramiento de sus preferencias, una aniquilación de las opiniones, que redujeran los efectos de las inevitables reacciones frente a culturas que llevan otra marca. Pero esto no es más que un ideal”*.

Es decir que estamos condicionados.

¡Qué abismal la distancia entre este desideratum de una pureza metodológica en etnografía, que presidió por ejemplo los estudios de la importante misión francesa Dakar-Djibouti previa a la última guerra, y el prejuicio raigal que movilizó a la Alemania nazi para estudiar en el Tíbet o en el Tirol las eventuales constantes antropométricas propias de una raza supuestamente superior! Los dogmas nazis, como los dogmas del comunismo, estuvieron condicionados por instancias o magnitudes de tipo religioso, es decir totalizadoras, prejuiciosas y negadoras de los supuestos teóricos indispensables para el investigador.

Al aportar estas referencias genéricas, tal vez aptas para quebrar el aislamiento entre las disciplinas, desearía renovar el mensaje de Roger Caillois, que propició teóricamente la eficacia, para ese fin, de posibles ciencias a las que llamó “diagonales”.

Estamos condicionados, pues, pero no sólo por mala praxis metodológica sino por bloqueos ideológicos, por nuestra involuntaria tendencia al etnocentrismo, a considerar que el cosmos gira en torno de la Tierra y que el hombre con corbata es el prototipo ideal de la especie. No parece, en rigor, que hayamos inventado opciones mejores que la libertad, un bien de todos modos condicionado. Bien lo estudió en su admirable tratado sobre la libertad el doctor Manuel Ríos, a quien me permito mencionar en este instante, en informal homenaje a pocas semanas de su muerte, si así lo autoriza su amigo personal, el presidente de este Ateneo.

Los dictados de las humanidades parecieran insignificantes ante las concentraciones de poder coactivas de la gran picaresca. Las cabezas de la hidra no son otras que las instancias de mayor poderío material, lo que probablemente nos indica que materia y espíritu son polaridades a su modo irreductibles, como en última instancia parecen serlo también nada menos que las fuerzas del mal y del bien.

